desarrollado su obra en torno al rescate de la cultura y belleza de sus mujeres. El libro en cuestión esta fuera de sus posibilidades, por lo cual, salió de allí sólo con la certeza de haber visto lo que el soñaba.

Dos días después, se dirigió a una biblioteca pública, donde pudo revisar toda la bibliografía dedicada al artista. Miro hasta extasiarse los espigados cuerpos de una dignidad más allá de lo conocido. Eligió precisamente la imagen de la portada de ese primer libro y se compro una litografía.

Los días pasaban sin cambios aparentes, pero para Vicente todo era diferente. Se había obsesionado con esas cíngaras y las imaginaba entre sus manos, no sexualmente, sino como modelos para los maniquíes de siempre.
Se quedaba en el taller después de su horario, y ensayaba una y otra vez el modelado. Hacia y deshacía, pues no quería solo su belleza externa, necesitaba retener la esencia de esas criaturas, lo que había logrado el pintor; hacerlas trascender en el tiempo.
Tanta devoción tubo al fin su recompensa, ya que consiguió sacarlas como molde y reproducidas con exactitud.
Al siguiente día descubrió que sus musas se habían facturado en muchas partes. Ante ellas, se arrodillo y sin querer evitarlo, lloro desconsoladamente. Recogió cada trozo con tanta delicadeza, que más bien parecía que cargara a un lactante., y con todo, se devolvió a su casa.

Todo el resto del día se dedico a unir los pedazos; al finalizar opto por darle una pátina de pasta de piedra, con lo que daría resistencia al arreglo. Sin embargo, ese enlucido no logro borrar las grietas, que asomaron como profundas cicatrices.
Al pasar frente a la ventana de su casa, se puede ver a esas hermanas de piedra, que observan